

¿Y SI PARA VIVIR ETERNAMENTE
TUVIERAS QUE MORIR MAÑANA?

CONÓNDROMO

FRANCESC AUNIÓN JULIÀ



CONÓNDROMO

Francesc Aunió Julià

UNA NOVELA DE LA SAGA *THE YOUTOPY YEARS*



www.adalitz-ediciones.com

Primera edición, octubre de 2017

© Derechos de la primera edición reservados

© adaliz ediciones

🌐 www.adaliz-ediciones.com

✉ info@adaliz-ediciones.com

📘 facebook.com/adalizedediciones

🐦 twitter.com/adalizededic

Colección: Novela

© Francesc Aunió Julià

Edición, maquetación, cubierta y diseño: © adaliz ediciones

Impresión: Cimapress

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 978-84-947657-0-4

Depósito Legal: SE 1652-2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright».

CONÓNDROMO

Francesc Aunió Julià

UNA NOVELA DE LA SAGA *THE YOUTOPY YEARS*

adaliz
ediciones 

*A todos los "buscadores":
No abandonéis jamás vuestros sueños...*

ÍNDICE

PARTE 1 - CONCEPCIÓN

Viernes, 18 de febrero de 2146.....	15
Sábado, 19 de febrero de 2146	25
Domingo, 20 de febrero de 2146.....	55
Lunes, 21 de febrero de 2146.....	70
Martes, 22 de febrero de 2146.....	83
Miércoles, 23 de febrero de 2146	102
Jueves, 24 de febrero de 2146	119
Viernes, 25 de febrero de 2146.....	132
Sábado, 26 de febrero de 2146	142
Domingo, 27 de febrero de 2146.....	151
Lunes, 28 de febrero de 2146.....	162
Jueves, 3 de marzo de 2146.....	170
Viernes, 4 de marzo de 2146	174
Sábado, 5 de marzo de 2146.....	200
Domingo, 6 de marzo de 2146	215
Lunes, 7 de marzo de 2146.....	222
Martes, 8 de marzo de 2146	246
Miércoles, 9 de marzo de 2146	261

PARTE 2 - GESTACIÓN

Jueves, 10 de marzo de 2146.....	287
Domingo, 13 de marzo de 2146.....	312
Viernes, 18 de marzo de 2146.....	322
Lunes, 21 de marzo de 2146.....	332
Martes, 29 de marzo de 2146.....	336
Domingo, 3 de abril de 2146.....	343
Lunes, 4 de abril de 2146	350
Lunes, 5 de abril de 2146	361
Martes, 3 de mayo de 2146.....	383
Martes, 13 de mayo de 2146.....	386
Sábado, 3 de agosto de 2146.....	390
Miércoles, 12 de octubre de 2146.....	405
Sábado, 24 de diciembre de 2146.....	416
Jueves, 9 de febrero de 2147.....	425

PARTE 3 - NACIMIENTO

Viernes, 10 de febrero de 2147.....	473
Sábado, 11 de febrero de 2147	483
Miércoles, 15 de febrero de 2147	492
Sábado, 18 de febrero de 2147	504
Domingo, 19 de febrero de 2147.....	507
Lunes, 20 de febrero de 2147	522

EPÍLOGO

Miércoles, 8 de marzo de 2147	545
-------------------------------------	-----

CRONOLOGÍA DE LOS SIGLOS XXI Y XXII

La degradación de un modelo	561
Víctimas y damnificados	562
Nuevos caminos, nuevas amenazas	563
La tecnología como caballo de Troya	563
Beyond: la inmortalidad del alma y la supremacía de lo virtual sobre lo físico	564
Primeras consecuencias de la virtualidad.....	565
La civilización ha muerto. ¡Viva la civilización!.....	565
La instauración total de The Youtopy, la conexión definitiva..	566
Elahora, The Youtopy y Beyond: tres realidades superpuestas...	566
Cuando nuestra humanidad es un problema.....	567
¿Y si todo fuera un juego?.....	568
YXXYs: una religión para controlarlas a todas.....	568
Creo, luego obedezco.....	569
Ordenadores llenos, calles vacías	570
Una nueva moneda para una nueva mano de obra	571
Quién controla a los controladores	571
Para proteger y servir	572
La conquista del espacio	572
La bipolarización de YXXYs: conservadores vs liberales	573
La Liga Humana: el último reducto de humanistas radicales....	574
Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad..	574
Walkabout: el último viaje antes del gran viaje	575

RECAPITULACIÓN Y AGRADECIMIENTOS.....	577
--	------------

PARTE I

CONCEPCIÓN

Your brain consists mostly of persistent cells. Cells that have been in your brain right from the beginning. These cells are where you THINK, where you DREAM and where your MEMORIES live. Every day, we lose millions of them. So if science could regenerate ALL your brain cells, who would you be?

**Who am I?
Science Museum de Londres, 2010**

Viernes, 18 de febrero de 2146

—Piensas que mereces morir, ¿verdad? Todo empezó con aquel accidente y ahora crees que mereces morir. —Eso es lo que me inquietan las sombras—. ¿No es así? —me exigen entre susurros.

Pero no. Yo no puedo responderles. Mis labios no reaccionan. Mi cuerpo entero está paralizado por el miedo. Sin embargo, no es por mi vida por la que temo, sino por la de otro. Quien me preocupa es él. Él, que ya se ha ido.

—¡Olvídale! —vuelven a atosigarme las voces—. ¡Olvídale y sigue soñando! —me gritan desde la oscuridad. Y entonces les hago caso. Les hago caso y sigo soñando.

Evidentemente, todos sabemos que la muerte es imprevisible, y que puede llegar cuando menos te lo esperas. Por eso la mayoría de la gente la teme tanto. Cada día, millones de personas hacen lo posible por evitarla. Voluntaria o involuntariamente la marginan en sus pensamientos. A cambio, se llenan de otras cosas, de experiencias cotidianas que convierten el día a día en una idea sustancial y trascendente. Se esfuerzan tanto en ello que logran borrar la muerte de sus propias mentes. Y ahora, gracias a la tecnología, muchos la han eliminado incluso de sus vidas. Han apartado la muerte de su misma existencia. Para siempre.

Sí, lo sé. Imaginar y recrear tu propia muerte es algo poco agradable. *Macabro*, dirían muchos. *Truculento*. Y supongo

CONÓNDROMO

que por esa razón somos tan pocos los que tendemos a hacerlo con regularidad. Me refiero a pensar con detenimiento, por un tiempo digamos que razonable, sobre cómo será el modo en que moriremos, si es que jamás llegamos a hacerlo. ¿Ocurrirá de forma plácida y por causas naturales, o bien de forma violenta, debido a algún tipo de accidente? ¿Será una muerte estúpida? ¿Cómica? ¿O por el contrario, será una muerte digna y memorable? ¿Habrà alguien a mi lado cuando suceda, o me desvaneceré sin más, sola y sin compañía, sin que nadie me agarre de la mano cuando exhale el último suspiro? ¿Sucederá en mitad de la calle, mientras estoy montando mi vieja *omafiet*? ¿O quizás en casa, encerrada en mi habitación, mientras escucho el último éxito de *Dreaming Androids* o alguna canción olvidada de *Virtual Losers*?

No sé por qué, siempre tendemos a preguntarnos sobre las muertes de otros antes que sobre la nuestra. Además, acostumbramos a hacerlo cuando ya es demasiado tarde, una vez ya ha ocurrido y es irreparable. *¿Por qué hacerlo antes?*, nos excusamos, si ella es caprichosa y casi nunca se ve venir o se puede pronosticar. *¿De qué serviría?* Y sí, es cierto. Por norma general, las muertes ajenas son más fáciles de sobrellevar que la propia. Ahora bien, supongamos que, por lo que fuera, has presenciado la muerte de alguien cercano a ti. El final irreparable de una persona a la que quieres. La pérdida definitiva de su conciencia. Y ahora no puedes sacarte esa muerte de la cabeza. En tu mente, con el maldito MemoryMee que llevas implantado, recreas la escena una y otra vez con todos los detalles. Y al hacerlo descubres las razones que la provocaron. Entonces, supongamos también que te das cuenta de otra cosa. Algo trágico. Comprendes que podías haber hecho algo para evitarla. Para impedir el accidente. Porque sí, fue un accidente. Te preguntas: *¿Habría alguna manera de retroceder y de reparar lo que pasó?* *¿Habría algún modo de cambiar el destino de esa persona?* *¿Hasta cuándo tendría que*

CONCEPCIÓN

volver en el tiempo para conseguirlo? Y es más, una vez le has dado mil vueltas a esas preguntas, un millón de vueltas a esas preguntas, cuando por fin has aceptado que la respuesta es negativa y asimilas que eso es imposible, también consideras: *¿qué estarías dispuesto a sacrificar para corregir tu error?* Para compensarlo al menos. Sí, eso es. *¿Qué es lo que serías capaz de hacer entonces para redimirte?*

A mí, en particular, me atosigan las visiones. Las imágenes de lo que ocurrió se mezclan con mis recuerdos para crear algo nuevo. Algo, si cabe, más desgarrador. Veo una mano pequeña y una vieja lanzadera de tierra. Y también un aeropatín rojo en una avenida vacía. *Por aquí ya no pasa nadie*, me digo. El tráfico desapareció hace años. *Sí, todo está tranquilo*. Todo menos yo. Él me ha hecho perder la paciencia y ahora estoy cabreada. *¡Venga, piérdete!*, le grito enfurruñada. Él es solo un niño. Un crío, en realidad. Yo apenas podría decirse que soy una mujer.

De repente, alguien llama golpeando a la puerta de mi habitación. Los sonidos me despiertan y mis sueños quedan atrás. También hay una voz, pero no la identifico de inmediato. Tardo unos segundos en darme cuenta de que se trata de Lucy, nuestra androide de compañía. Seguramente ha escuchado algún ruido procedente del cuarto, o tal vez ha notado algo extraño en mis constantes vitales. Es una androide y tiene sus recursos. Su oído es incluso más fino que el mío, que ha sido mejorado biómicamente.

—Ray, ¿estás bien? —escucho que dice desde el pasillo con su voz programada para sonar suave y cargada de empatía.

Yo intento tragar saliva. Tengo la boca seca y un nudo en la garganta. La cabeza me duele terriblemente y mi frente está empapada en sudor. Hay algo que enturbia mis pensamientos, algo que me preocupa enormemente *¿Una muerte?* No... No recuerdo con exactitud qué es, y eso aún me produce más desasosiego. Cierro los ojos y me concentro, tratando de encontrar la respuesta dentro de mí. Poco a poco, voy recobrando la

CONÓNDROMO

memoria. En mi mente empieza a formarse un vago recuerdo de lo que pasó ayer. Pero... ¿fue ayer? ¿O acaso aún es hoy? ¿Cuánto tiempo llevo en la cama? Las cortinas de mi cuarto continúan cerradas. *Es de noche*, reflexiono. *Todavía debe de ser viernes*. La idea aparece de repente y no sé de dónde viene. ¿*Viernes*? En mi interior hay una nube espesa de imágenes y de palabras superpuestas y sin sentido. Los residuos difusos de una fiesta convocada en mi honor.

¡*Espera!* Esforzándome, consigo recordar. De pronto entiendo por qué este desasosiego y este dolor. *Es la desconexión*, me digo. Estoy apagada, desconectada del MemoryMee, ese dispositivo que llevo implantado en la cabeza desde que nací y que se ha encargado de registrar cada imagen, sonido y sentimiento que he ido experimentando en estos diecisiete años; ese maldito procesador que ha regulado y moldeado mi conciencia para hacerme la vida más fácil y más llevadera. Sin él, las palabras se encallan en mi cerebro. Me resulta difícil pensar. ¿*Pensar*? Ni siquiera eso. Se me hace imposible encadenar dos palabras seguidas. Es como si alguien estuviera exprimiéndome por dentro, estrujándome el cerebro. Cada pequeño proceso mental requiere de mí un esfuerzo descomunal. A mi mente eso no le gusta. A mi cuerpo tampoco. Una arcada nace en la base de mi garganta y lucha por salir, abriéndose paso a través de mi cuello. *Tengo que levantarme*, me digo. Sea como sea, debo levantarme y correr al cuarto de baño que hay en la habitación. Sí, hay un baño en mi habitación. Eso lo recuerdo bien. A trompicones consigo llegar hasta allí justo a tiempo de meter la cabeza en la taza del wáter. Luego vomito, agitándome violentamente una y otra vez entre ráfagas de dolor. Mi pecho se convulsiona en espasmos incontrolables y mis brazos soportan el peso de las sacudidas moviéndose arriba y abajo con cada contracción del esófago. ¿*Son estos los primeros efectos secundarios de la desconexión*? Me limpio la boca con el dorso de la mano. Un líquido verde y viscoso

CONCEPCIÓN

gotea por mis dedos hasta caer al suelo. Estoy prácticamente sin fuerzas, débil como pocas veces antes me he sentido. Mis huesos parecen estar a punto de quebrarse, y la cabeza me da vueltas en una espiral vertiginosa que parece no detenerse. La habitación entera late dentro de mis ojos con imágenes que se expanden y se contraen con voluntad propia, deformando la realidad que tengo frente a mí. *No puedo soportarlo más*, me digo. *Mi cerebro va estallar*. Me tumbo de costado, en posición fetal, sobre las baldosas negras del cuarto de baño. Ni siquiera se me ocurre que el suelo está completamente sucio, lleno de salpicaduras del desagradable líquido que yo misma acabo de expulsar. Solo deseo que el dolor pase, que se detenga. Pero las punzadas en mi cerebro no cesan. El dolor no mengua. En un vano intento por hacerlo desaparecer, presiono mis manos temblorosas contra mis sienes. *¡Parad!*, grito para mis adentros. *¡Basta!* Pero nada, las punzadas persisten. Y sé que seguirán así. En el fondo, en estos momentos, ya sé cuál es la única solución real a todo esto. Poner punto y final a este sufrimiento es extremadamente sencillo. *Tengo que conectarme de nuevo*, admito resignada. Volver a *The Youtopy* es el único remedio posible.

De nuevo, la voz de Lucy vuelve a sacudirme. Con el dolor, ya casi había olvidado que ella estaba allí.

—¿Te encuentras bien? —vuelve a preguntarme, confiando un tono de preocupación a sus palabras—. No consigo localizarte en *The Youtopy*. ¿Quieres que avise a Mérida?

—¡No! —le grito desde el baño, tratando de sonar lo más serena posible—. Estoy bien, ¡no te preocupes! He hecho un pequeño *reset*. Eso es todo.

A continuación, me sujeto una mano con la otra para intentar controlar las contracciones. Con el dedo pulgar derecho busco a ciegas la base del dedo meñique izquierdo. Cuando por fin encuentro el lugar exacto, aprieto fuertemente y sostengo la presión durante varios segundos. Una luz azulada

y un pequeño pitido me indican que el dispositivo está listo para ponerse en marcha. Con dificultad a causa de los temblores, marco sobre la palma de la mano los seis dígitos que deben reactivar el procesador. Y entonces lo siento dentro de mí. Lo siento tomando el control de mi cabeza y de mi cuerpo. Ahora mis pensamientos vuelven a estar en modo de piloto automático, fluyendo con naturalidad y sin problemas.

—¿Lo ves? —le grito a Lucy—. ¡Ya vuelvo a estar dentro!

Ella responde con un silencio que parece durar minutos, hasta que al final se da por satisfecha y me da las buenas noches.

—¡Descansa! —me dice—. Y no vuelvas a desconectarte. Ya sabes que puede ser peligroso.

Seguidamente, la oigo caminar por el pasillo en dirección a las escaleras que llevan abajo. *De nuevo a solas*, me digo. Y sin embargo, no es así. No del todo. Ironías de la vida, ahora que me he quedado sola vuelvo a compartir mi espacio virtual con millones de mentes como la mía, otra vez conectada a *The Youtopy*. La evolución definitiva de la red de redes, su máxima expresión, es un mundo en el que todos estamos conectados, a un solo pensamiento de distancia. En cierto modo, es como si volviera a encontrarme en casa, en un lugar familiar, seguro y reconfortante.

Ajusto mi nivel de empatía según los parámetros que me prescribieron los médicos, esos loqueros que se hacen llamar *rehumanizadores*, y me esfuerzo por controlar mi respiración. Inspiro hondo y con fuerza. Después, libero el aire lentamente. Repito el proceso varias veces hasta que, poco a poco, mi cuerpo se calma. La presión en mi cabeza mengua paulatinamente hasta que al final el dolor desaparece casi por completo. Trago saliva. Ahora los fluidos avanzan por mi garganta en la dirección correcta, hacia dentro y no hacia fuera.

Estoy exhausta, derrotada, pero el procesador se encarga por sí solo de proyectar las órdenes adecuadas para reparar mi ciclo de sueño y rebajar así mis niveles de ansiedad. Los latidos de mi corazón se estabilizan y vuelven a su ritmo normal. De

CONCEPCIÓN

nuevo todo está en orden. Al menos, todo está en el orden que ellos quieren que esté. Por ahora, dadas las circunstancias, eso me basta. Cierro los ojos y me quedo dormida.

Cuando vuelvo a despertarme me encuentro tumbada en el suelo del cuarto de baño con algo pegado a la mejilla. Es vómito. Se ha secado sobre mí y me ha dejado un montón de pequeños fragmentos verdosos adheridos a la piel. Valiéndome de ambos brazos, consigo ponerme en pie. Tambaleante, avanzo hasta la elegante pila de diseño que hay engastada a una de las paredes y me refresco la cara. La pantalla-espejo que tengo frente a mí me devuelve la imagen de un rostro desaliñado y desencajado. Mi pelo, castaño claro, está obscuramente oscurecido por el efecto del vómito. Y mis pómulos, inusualmente pálidos, están cubiertos de gruesos mechones de cabello, que se pegan a mi cara como siniestras enredaderas. Mis ojos, normalmente de un color marrón oscuro, tienen una tonalidad grisácea y un aspecto vidrioso. Teñidos de una triste opacidad que parece tragarse hasta la última gota de luz que llevo dentro. Solo mi nariz, esa nariz imperfecta y de corte aguileño, me recuerda que soy yo misma. *No, desde luego, no estoy en mi mejor momento*, admito. Por mucho que lo intento, no consigo ver nada de esa belleza inusual y poco arquetípica que a veces me ha parecido distinguir frente al espejo. Me lavo, me seco con la toalla y salgo del baño en dirección a la cama. Al llegar allí, me dejo caer sobre el colchón y suspiro sonoramente. Las cortinas de la habitación continúan corridas, así que imagino que fuera todavía debe de estar oscuro. *Está siendo una noche muy larga*.

Miro hacia la mesita que tengo junto a la cama y veo que el diario que me regaló Mérida sigue allí, justo en el lugar donde lo dejé antes de acostarme. Su mera presencia me recuerda que todo esto es real, que no se trata de ningún oscuro sueño. Con o sin el procesador, ayer (¿hoy?) fue un día que me perseguirá durante el resto de mi vida. Y lo peor es que sabía que este momento llegaría, que tarde o temprano tendría que afrontar mi

renacimiento. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que manda esta estúpida tradición? Sí, por supuesto que lo sabía. Lo había imaginado cientos de veces. Lo había sufrido con terror en mis peores pesadillas, pero ni siquiera el hecho de haberlo anticipado me había preparado lo suficiente como para vivirlo ahora. Y no, tampoco había luchado por evitarlo. Lo único que había hecho era lo peor que uno puede hacer: me había dado esperanzas. Había pensado en otras posibilidades, fantaseado con otros caminos. En lo más profundo de mí, me había negado a mí misma el carácter real de todo aquello. Del mismo modo que se lo habría negado a cualquiera que me hubiera preguntado por *Beyond*. *Si va a ocurrir*, me decía, *ocurrirá más adelante. En un futuro lejano y remoto. En un futuro distinto. Cuando yo decida hacerlo y no antes*. Para algunos todavía es así. Cada vez son menos pero aún existen. Son los que deciden aguardar hasta el momento idóneo. Son quienes únicamente solicitan su conversión cuando ya han entrado de lleno en la edad adulta. Estos dan el salto a la virtualidad pasados los treinta o los cuarenta años, quizás incluso más adelante, una vez su cerebro ya ha alcanzado el máximo grado de madurez y el nivel óptimo de experiencias. Ellos son los que deciden arriesgarse, los que siguen desafiando a la muerte para alargar su tiempo de vida aquí, en *Elahora*. Pero ellos, como la inmensa mayoría, pueden decidir libremente su destino. *Yo no*.

¿Por qué?, me pregunto. *¿Acaso no tengo yo también ese mismo derecho? ¿No debería poder elegir yo también, en lugar de mis padres, cuándo dar el salto? Eso es lo que marca la ley, ¿no? Para eso están los derechos humanos por los que luchó YXXYs, ¿verdad?* Pero ya poco importa lo que yo piense. Hace poco más de un día, unas horas solamente, que he cumplido diecisiete años, la edad legal mínima que se necesita para solicitar una entrada en *Beyond*. Y ahora ya está aquí. Es real y está sucediendo. Cojo aire y me repito a mí misma lo que he luchado por olvidar en mis sueños:

Me llamo Ray. Ray Sinclair de la Cruz. Y ayer, como regalo sorpresa, mis padres me ofrecieron mi renacimiento en *Beyond*.

CONCEPCIÓN

Sí, lo sé. Ahora tengo un año entero para hacer lo que desee. Carta blanca para elegir mi propio *walkabout*. Trescientos sesenta y cinco días de libertad total. Para disfrutar al máximo de todo lo que hay ahí fuera. ¡Lo que sea! ¡Lo que quiera! Un viaje iniciático por medio mundo para ampliar mi consciencia. Para llenarme de nuevas experiencias y de nuevos sentimientos antes del volcado final. Pero el problema, precisamente, es ese: que no pasaré ni un día más en La Tierra. Ni un solo día más en *Elahora*. Mi próximo cumpleaños, mi decimoctavo aniversario, será el último. El definitivo. Luego no habrá nada. Mi cuerpo habrá muerto. Yo, se supone, seré infinita. Yo seré inmortal.

Enciendo con el pensamiento la consola holográfica y un nuevo anuncio de la UdC me canta las maravillas de *Beyond*, explayándose tanto en los beneficios de la virtualidad como en las maravillas que aguardan a los aspirantes en su viaje hacia la vida eterna. *Dar el salto. Enchufarse. Trascender.* ¿Qué más da cómo lo llamen unos u otros? Sea como sea, el nacimiento en *Beyond* siempre significa lo mismo. Y siempre viene precedido del *walkabout*. Para millones de candidatos de todo el planeta, este viaje es un momento crucial. Un proyecto al que dedican años de preparación. Porque no solo se ocupan de elegir el viaje en sí, también piensan en todo lo demás. Las agencias de viajes y las oficinas de turismo, fomentadas por la Unión de Corporaciones que controla *Beyond*, ofrecen paquetes especializados, personalizados al gusto de cada cliente. Son extremadamente caros pero fáciles de conseguir, y te los sirven en bandeja. Además, también te acompañan en lo que vendrá después. Pasan meses diseñando tu avatar, orientándote sobre qué realidad te gustaría vivir de acuerdo con tu perfil. O proponiéndote los mundos virtuales que visitar primero, una vez hayas trascendido. ¿Los sesenta? ¿El medieval? ¿La antigua Grecia? Todos tienen sus épocas históricas preferidas. Y aunque la eternidad da para mucho, siempre hay prioridades.

Ese tipo de personas esperan toda la vida a que llegue el momento de su renacimiento. Lo aguardan con esperanza e ilu-

CONÓNDROMO

sión. Dicen que incluso hay quienes estarían dispuestos a matar por conseguirlo, que harían lo que fuese... *Yo no*. A pesar de las promesas de inmortalidad, a pesar de lo que significa entrar en *Beyond*, hoy no me siento feliz. Me siento sola y abandonada. Traicionada por mis padres, por mi hermana, por mis amigos, por aquellos que sabían que me estaban preparando esta estúpida sorpresa. Peor aún, me siento decepcionada conmigo misma por no haber hecho nada antes para evitarlo. *¿Cuándo pensaba que iba a ocurrir?*, me digo. *¿A los dieciocho? ¿A los treinta? ¿A los cuarenta, tal vez? ¿Acaso había pensado que mis padres dejarían que yo, por mí misma, tomase una decisión así? ¿De verdad fui tan ilusa, lo suficientemente ingenua como para creer que me dejarían decidir a mí el momento?*

Aunque ya vuelvo a estar conectada, una nueva punzada me recuerda que mi intento de apagarlo todo por vía directa no ha sido una gran idea. *¿A quién se le ocurre hacerlo sin preparativo alguno?* Apago la holoconsola, cierro los ojos y me tumbo con la esperanza de que el dolor remita. *Debo encontrar otra manera*, me digo. Un camino que me permita escapar. Pero si hay una cosa que tengo clara es que haré todo lo que pueda, lo que deba, lo que sea... para evitar mi *Beyond*.

CONCEPCIÓN

Sábado, 19 de febrero de 2146

Ya ha amanecido. Según los datos del procesador, anoche pasé ciento trece minutos apagada. Apenas fueron un par de horas, pero nunca antes había pasado tanto tiempo desconectada de *The Youtopy* sin control médico. Dos horas eternas y llenas de confusión que no le desearía ni al peor de mis enemigos. Ahora, muy a pesar de mis deseos, vuelvo a estar conectada. Me engaño a mí misma pensando que, quizá así, podré encontrar algo de información para escapar de este callejón sin salida. Entre las millones de cápsulas informativas del sistema, debe de haber algo que me ayude con la desconexión. Algún informe, *plug-in* o tutorial que explique la mejor manera de detener el procesador sin tener que morir en el intento.

A pesar de haberme reconectado, lo que sucedió ayer sigue siendo una nebulosa en mi memoria. *¿Es posible que mis recuerdos se hayan deteriorado con la desconexión?* Ordeno mentalmente al procesador que repita lo ocurrido. Revivir la experiencia me supone un auténtico martirio, pero aun así debo recuperar lo que pasó durante la fiesta. Cierro los ojos para rememorarlo todo y las vivencias vuelven a repetirse dentro de mí. Sobre mi córtex cerebral se proyectan las imágenes, los sonidos y los sentimientos que experimenté cuando me dieron la noticia. De pronto, no solo lo veo. Lo revivo, literalmente, como si fuera ayer.

CONÓNDROMO

Sobre el pastel hay diecisiete velas. A su alrededor, envueltas por una amalgama de luz y de color, como en un gran teatro, aparecen decenas de caras sonrientes que se mueven de un lado para otro. A grandes rasgos, podría decirse que son caras de personas complacidas de sí mismas. Gente que se ríe a carcajadas, de forma despreocupada y ostentosa. Caras maquilladas de amigos, de familiares y de conocidos. Algunas de ellas pertenecen a cuerpos físicos que han sido embutidos en sus mejores galas. Otras se mueven sobre cuerpos holográficos, que son proyectados tridimensionalmente sobre el suelo para lograr la máxima impresión de realidad. Muchos de estos holos pertenecen a beyonders, que se pasean ofreciendo saludos virtuales y fingiendo abrazos imposibles. La omnipresente holografía es el medio de comunicación preferido por los que ya han dado el salto, y la utilizan a menudo cuando quieren relacionarse con los que todavía estamos en Elahora. Unos y otros se reconocen entre sí, y entonces brindan por ellos y por mí con sus copas reales o virtuales, por su futuro y por el mío. Todos los presentes han sido invitados a una fiesta que lleva mi nombre. A una fiesta que yo no deseaba. No así al menos. No de esta manera.

Alguien, una voz de fondo que no identifico, pide silencio para que mi padre pueda pronunciar su discurso. Parece ser que, al tratarse de una celebración terrenal, han optado por prescindir de la comunicación a través de The Youtopy. Así que, después de mucho tiempo, me preparo para escuchar nuevamente su voz como algo más que puros pensamientos.

—¡Silencio! —grita ese alguien—. ¡Un minuto de silencio, por favor! Oslo tiene unas palabras para nosotros.

Los aplausos llenan la sala brevemente con un estruendo festivo antes de enmudecer de nuevo. Luego, los holos de mis padres se acercan a mí y me besan en la mejilla, simulando un tacto que no sienten. Mi madre me mira de reojo y sonrío. Mi padre habla dirigiéndose a los invitados.

—¡Muchas gracias! —empieza él, alzando la voz para hacerse escuchar por encima de la multitud, todavía susurran-

CONCEPCIÓN

te—. ¡Gracias a todos por venir! —repite—. Nos alegra muchísimo teneros aquí. Como ya sabéis, hoy es un día especial. Para nosotros y para Ray.

Se detiene un momento para mirarme y durante ese pequeño intervalo se siguen escuchando más aplausos arrancados. Varios silbidos de júbilo surgen espontáneamente desde distintos rincones de la habitación. Mi padre agradece el gesto con una sonrisa llena de orgullo, pero levanta las dos manos para pedir un poco de calma.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —conviene eufórico—. No cada día se celebra algo tan importante como esto. Pero ahora, por favor, necesitaría un poco de silencio. Me gustaría explicar por qué tenemos aquí este gran pastel.

El holo de mi padre señala con la mano abierta hacia la enorme montaña de repostería que ocupa el centro de la sala. Después, se aclara la voz. Es algo innecesario. Evidentemente. Como holo jamás lo necesitaría. Sin embargo, con ello trata de lograr una pausa dramática con la que retomar su discurso.

—Todos conocéis bien a mi hija, ¿verdad? —pregunta flemáticamente—. Todos sabéis lo mucho que le gustan las tradiciones, ¿no es así?

Levanta la cabeza inquisitivamente para valorar la reacción a su alrededor. Entre las cabezas de los invitados hay muchos gestos afirmativos que corroboran lo que acaba de decir. Al parecer, todos están al corriente de lo mucho que a mí me interesan las tradiciones.

—¡Pues bien! —dice girándose hacia mí—. Para desvelar la sorpresa que le hemos preparado a Ray, vamos a recrear un ritual del siglo XX. Algo que seguro que le encantará—. Entonces sus ojos buscan los míos. Quiere darme a entender que todo esto lo han hecho únicamente pensando en mí—. Ray, cariño, tú solo tienes que soplar las velas que hay sobre el pastel y pedir un deseo. Luego llegará lo que te hemos preparado.

Al oír sus instrucciones, la multitud arranca a aplaudir entusiasmada, obviamente deleitada por la idea de poder recrear de nuevo esta curiosa tradición ya perdida. Yo, por mi parte,

CONÓNDROMO

quiero morirme. No puedo creer que mis padres me estén haciendo esto en un día como hoy.

—A vosotros solo os pediría una cosa más —prosigue él, dirigiéndose de nuevo a los invitados—: Que la animéis como se merece. ¡Con un fuerte aplauso!

Coincidiendo con estas últimas palabras, aparece en su mano una copa de champagne virtual.

—¡Por Ray! —grita emocionado, invitando a todos a brindar con él en mi nombre.

—¡Por Ray! —le corresponden la gran mayoría de los asistentes, también conmovidos.

La ovación a nuestro alrededor es unánime. A él le animan a seguir adelante y a mí a cumplir con su petición. Todos quieren que apague las velas del pastel y que pida un deseo. Sin embargo, yo preferiría huir de allí.irme bien lejos. O simplemente salir fuera, al jardín. ¡Sí, con eso bastaría!, me digo. Allí no tenemos instalados reproductores de holo y podría escapar fácilmente de mis padres y del resto de beyonders que hay reunidos en la sala.

Abro los ojos e inmediatamente estoy fuera de la remiscencia. He interrumpido mis recuerdos y ahora sacudo la cabeza intentando desprenderme también de ese sentimiento de angustia que ha empezado a formarse dentro de mí. ¡No! Ahora no debe mandar el corazón, me digo. Debe ser la mente. Entonces, el controlador MemoryMee que llevo implantado empieza a actuar sobre los biorritmos de mi cuerpo y hace que mis latidos vuelvan a su estado normal. En unos segundos las palpitaciones se han estabilizado por completo. Cierro de nuevo los ojos y vuelvo a estar metida en la misma escena, justo en el punto exacto en el que había salido.

—¡Y que no cunda el pánico! —anuncia mi padre, complacido y triunfal por encima de la multitud de voces—. ¡También tenemos un holopastel para los beyonders! Así que, real o virtual, ¡nadie se quedará sin probarlo!

CONCEPCIÓN

La gente acoge este último guiño con una gran carcajada, saboreando con deleite un chiste que a mí se me antoja trillado. No es más que una broma fácil y burda, pienso. Nada más que eso. Y sin embargo, también sonrío, siguiéndole la corriente y dejándome arrastrar por ellos, prisionera como siempre de esta complacencia ajena.

—¡Venga! Demuéstrales lo que vales —susurra detrás de mí una voz que reconozco.

Me giro y veo a mi espalda los holos de Haifa y de Paris. Son mis dos mejores amigas. Las dos viven en Barcelona, y a las dos las conozco desde que nací. No han podido venir en persona hasta Inglaterra, pero aun así ninguna de las dos ha querido perderse la fiesta. Ahora, gracias a las nuevas proyecciones holo que también permite The Youtopy, están aquí, de pie a mi lado en formato holográfico, animándome a hacer lo que me ha pedido mi padre. Haifa es alta, de piel oscura, un bonito color bronceado que en determinadas ocasiones, bajo según qué luz, adopta tonalidades doradas. Tiene los cabellos negros como el azabache. Y sus rasgos faciales, marcados y angulosos, traslucen su gran vitalidad y su fuerza interior. Hasta hace pocas generaciones, su familia aún era religiosa. Vivían en el norte de Marruecos, pero, cuando varios de los imanes más conocidos del país decidieron dar el paso y entrar en Beyond, sus abuelos decidieron abandonar su fe y se mudaron a España. Ella nació allí.

—Se supone que hemos venido a pasárnoslo bien, ¿no? —me dice ahora guiñándome un ojo.

—Sí, ¡ya tardas! —la apoya Paris.

Paris es algo más baja que Haifa. Tiene el pelo castaño, la piel clara y los rasgos delicados. Su sonrisa es dulce y su cara parece la de una muñeca. De hecho, se rumorea que fue modificada genéticamente antes de nacer para que se pareciera a una, pero jamás me he atrevido a preguntarle si eso es cierto o no. Las modificaciones genéticas siempre fueron un tabú en nuestras clases de actualización, y a pesar de que la he conocido desde siempre, como es tan reservada nunca he querido mencionárselo. Pongo la mirada en blanco y fuerzo una sonrisa.

CONÓNDROMO

—¡Está bien! —cedo resignada—. Lo haré.

Deseo terminar con esto lo antes posible, así que me acerco hasta el pastel, inspiro fuertemente y soplo las velas hasta que todas se extinguen por completo. Los invitados aplauden desenfadadamente, con un entusiasmo del todo desproporcionado. Vitorean mi gesto como si se tratara de una gran hazaña. Entonces creo que todo ha terminado. Pero estoy equivocada: esto es solo el principio.

Tras apagarse las velas también lo hacen las luces de la sala, y una gran holopantalla se pone en marcha en uno de los laterales.

—¡Aquí viene la sorpresa que os habíamos prometido! —anuncia mi padre. Y luego, girándose hacia mí, susurra—: Con esto esperamos que puedas cumplir muchos de tus deseos.

Varios de los invitados se hacen callar mutuamente entre susurros mientras la habitación entera se llena de música. Una delicada pieza de piano de tintes nostálgicos.

Entonces, de entre la oscuridad, empiezan a surgir lentamente imágenes de mi infancia. No me cabe la menor duda de que son registros extraídos directamente de los procesadores de mis padres. Son sus propios recuerdos de mí. La visión subjetiva que ellos tuvieron de su hija mayor cuando yo era todavía pequeña. Una voz en off se encarga de rellenar los huecos de las distintas secuencias, resumiendo mi vida en tan solo unas líneas. Cada frase es lanzada con la fuerza y la precisión de un eslogan publicitario, marcando perfectamente las pausas. Son palabras de corte sentimental que buscan emocionar y conmover, pronunciadas con una calidez que me resulta del todo inapropiada; y no obstante, vista la reacción de los asistentes, parecen cumplir perfectamente con su cometido.

La audiencia recibe aquel montaje con sonrisas de ternura y con expresiones de admiración. Yo, por el contrario, lo hago con suspicacia. Empiezo a temerme lo peor. Al ver cómo avanzan las imágenes, a medida que aquella voz sigue resumiendo mi vida, comienzo a entender qué es lo que de verdad significa aquello.

CONCEPCIÓN

Mis temores se confirman cuando, finalmente, la pantalla holográfica reproduce imágenes con el logotipo de Beyond, y la misma voz en off que ha resumido mi vida pronuncia también mi sentencia en un cuidado y maquiavélico clímax final.

—Queremos darte la bienvenida a la etapa más importante de tu vida —dice la voz—. ¡Bienvenida a Beyond!

Aquellas palabras me traspasan la piel como una flecha. Se convierten en una aguja que se clava en lo más profundo de mí. Su significado me abre por dentro, me hiela la sangre, y luego hace que todo estalle en una feroz explosión. Se produce una tormenta de sentimientos que trae consigo un mar de confusión. Un océano de vacío. Las palabras que se acaban de pronunciar son en realidad proyectiles lanzados desde una arma invisible, y su mero sonido desencadena en mí un torrente de pensamientos brutal. De hecho, la magnitud es tal que el procesador que llevo insertado desde que nací parece colapsarse por segunda vez en mi vida.

Entonces se apodera de mí una ansiedad desgarradora y paralizante. De pronto soy una invitada de piedra en mi propia fiesta de cumpleaños. Me siento como si yo, en realidad, no fuera realmente yo, sino alguien, un extraño tal vez, que hubiese asistido por error a una celebración que no le correspondía. ¡Eso es!, me digo. Solo soy una espectadora. Nada más. Puedo verme a mí misma desde la distancia, observándome desde una esquina a través de los ojos de una tercera persona que soy yo misma. Entonces la holopantalla se desvanece y todos los invitados corean al unísono su sorpresa, complacidos por la magnitud y la trascendencia del regalo.

Aún conmocionada, busco con la mirada los ojos de mis padres, de mi hermana y de mi abuela Skye. Busco la mirada de mis amigas, de Paris y de Haifa. Y lucho por encontrar en sus pupilas algún tipo de explicación. O de complicidad. O de compasión. Algo, lo que sea, que me ayude a entender. Algo que me dé fuerzas. Pero no. No hay nada de lo que espero. Los ojos de todos, especialmente los de mis padres, brillan radiantes con

CONÓNDROMO

exultación y orgullo. Creen que están ofreciendo a su hija lo mejor que le pueden ofrecer en esta vida. Una creencia tan sincera y tan sólida como alejada está de mi realidad.

De pronto, mi estómago se encoge y se agarrota. Las piernas me flaquean. Los labios se me secan y los pulmones me fallan. Juro por lo que más quiero que me falta el aire. Tengo que respirar hondo, ¡y sonreír! Sobre todo, sonreír. No sé por qué lo hago pero esa es mi respuesta a este circo: una sonrisa patética. Todos deben de haberla visto, me digo. Todos deben de haber notado lo incómoda que me sentía. En mis ojos, en mis gestos. ¿Qué han pensado? ¿Qué imagen guardan de mí ahora?

Me ha parecido ver una risa nerviosa en la cara de algunos de ellos. Alguna mirada cómplice entre mi hermana y sus amigas. ¿Lo sabían ellas también?

Todos se acercan para felicitarme. Mi abuela, mis primos, mis amigos... Abrazos y besos. Estrechamientos de mano. Reales y virtuales. Hay muchas palabras amables: "Te lo mereces", "Qué mejor regalo que este", "Esperamos que disfrutes de un walkabout increíble". Respondo educadamente a cada uno de ellos, desempeñando el papel que se supone que debo interpretar. En lugar de montar un numerito, voy atendiendo a todos los invitados, físicos y virtuales, que se han desplazado hasta Wadhurst para asistir a la fiesta. Sonrisas forzadas, pose angelical y maneras británicas. Todo heredado de mis padres.

Finalmente, ellos también se acercan a mí. Vienen a darme un abrazo que no pueden darme, pero yo se lo digo todo fulminándolos con la mirada. ¡Tengo que hablar con ellos!

Al ver mi reacción de reproche, mi padre sonrío con tristeza. Sabe que me ha traicionado, que los dos me han traicionado. De la misma manera que yo sé que ellos creen estar haciendo lo mejor para mí. Pero no. Su intención no me basta. Eso explica su decisión pero no la justifica. Me muerdo los labios, tratando de contener las lágrimas que esperan impacientes en la comisura de mis ojos. De pronto, un amigo de la familia aparece de la nada para reclamar la atención de mis padres, y juntos se alejan de allí para volver a perderse entre la multitud.

CONCEPCIÓN

Haifa y Paris me conocen bien, saben lo que todo esto supone para mí, así que aprovechan este momento para colocarse de nuevo a mi lado y evaluar la situación.

—¿Cómo estás? —me pregunta Paris—. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? ¿Para hablar o lo que sea?

Niego con la cabeza. Mis ojos, aún fijos en el lugar por donde acaban de desaparecer mis padres.

Luego, intentando calibrar el alcance de los daños, barro la sala con la mirada hasta que me detengo, horrorizada, ante la figura de mi exnovio.

—¿Yaren? ¿Qué hace él aquí? —pregunto con sorpresa.

Su holo está de pie junto a la mesa del catering, al otro lado de la habitación, charlando distraídamente con otros de los invitados.

—¿De quién fue la idea de invitarle? —pregunto al aire, esperando que una de las dos me ofrezca una respuesta.

—Bueno... —se excusa Paris—. Tu madre nos pidió que le diéramos una lista con todos tus amigos.

Me giro y clavo mis ojos en los suyos.

—Nosotras se la dimos —continúa—. Pero ya le dijimos... que a él era mejor no invitarle.

—¿Quién quiere ver a su ex por su cumpleaños? —comenta Haifa, en un tono cargado de acritud, como si aquello fuese una obviedad.

—Imagino que debieron pensar que la ocasión merecía la pena —añade Paris—. Por lo del regalo y todo eso...

Entrecierro los ojos y escruto los suyos con detenimiento.

—¿Lo sabíais? —les pregunto con incredulidad—. ¿Sabíais que mis padres estaban preparando todo esto?

Ellas guardan silencio. Y ese mismo silencio es el que las delata.

—¿Estabais al corriente de todo esto y no me dijisteis nada? —les recrimino—. A pesar de que os he dicho mil veces lo que pienso sobre Beyond, ¿no me dijisteis nada?

Paris se muerde los labios antes de contestar.

CONÓNDROMO

—Prometimos a tu madre que no lo haríamos —dice para defenderse.

—Además, creíamos que al final cambiarías de opinión —la apoya Haifa—. Pensábamos que cuando llegase el momento, esto te gustaría. Paris ha probado Beyond en modo simulación, y dice que el nivel de grano es buenísimo. Ni siquiera puedes diferenciarlo de Elahora. ¡Estar allí tiene que ser una pasada!

Aprieto los dientes con rabia.

—¡No me lo puedo creer! —murmuro—. ¡Traicionada por mis mejores amigas!

—¡No te pongas así, mujer! —me ruega Paris—. Solo...

Pero no termina su frase. Haifa la interrumpe para avisarme de que hay un nuevo frente.

—Por cierto, ¿verdad que no querías que compartiéramos nada de la fiesta en The Youtopy? —me pregunta con recelo.

Yo suspiro fuertemente, todavía enfadada con ellas por su participación en todo esto.

—¡No! —respondo malhumorada—. No quería que compartierais nada de esto en The Youtopy. ¿Por?

—Tu hermana... —añade ella—, acaba de hacerlo.

—¿Cómo? —pregunto enfurecida—. ¿De qué estás hablando?

—De Sydney —me aclara—. Acaba de compartir esta experiencia en su canal de The Youtopy. Lo estoy visionando ahora mismo.

Dice esto último con sus ojos vidriosos, ausentes a causa de la conexión.

—¡Y lo cierto es que no le va nada mal! —añade Paris, que también acaba de entrar en trance—. Ya lleva más de doscientos mil corazones. Si sigue así pronto podrá subir de nivel.

Sacudo la cabeza sin poder creer lo que estoy oyendo. Luego miro de nuevo hacia donde están mi hermana y sus amigas formando un círculo. Hablan y ríen despreocupadamente.

—¿Todo bien? —oigo que me pregunta de pronto Mérida, que ha emergido repentinamente de entre la multitud—. ¿Me dejas que te felicite?

CONCEPCIÓN

Sonrío tristemente a mi tutora y nos abrazamos con la cordialidad debida.

—No sé si darte las gracias —le digo con sequedad—. Ya sabes lo que pienso de Beyond.

Ella sella mis labios con su dedo.

—Tengo preparado un regalo para ti —me anuncia—. Luego nos vemos y hablamos, ¿vale?

Resignada, hago que sí con la cabeza. Ella me acaricia el hombro y se va a hablar con mis padres.

Mientras la veo alejarse, suspiro profundamente.

Paris y Haifa me dicen que mis padres lo han estado pensando mucho estos últimos meses. Que incluso lo han hablado con el resto de la familia y con algunos de mis amigos más íntimos. Gente que cree conocerme bien. Pero, ¿y a mí? ¿No pensaban decirme o preguntarme nada?

Todos los que me rodean saben cuál es mi opinión sobre Beyond. Lo hemos comentado miles de veces. Mi renacimiento es lo último que deseo. Por mucho dinero que tengamos y por mucho que podamos permitirnoslo, no quiero hacerlo. Entonces me pregunto: ¿por qué mis padres no lo hablaron conmigo antes de firmar el contrato? ¿Fue por eso? ¿Porque ya sabían qué pensaba contestarles si pedían mi opinión?

Solo ahora empiezo a entender algunas de las cosas que han sucedido últimamente. Comienzo a encajar piezas y a conectar detalles que en su momento no parecían tener importancia. Miro atrás y veo indicios que me muestran claramente lo que se me venía encima. Señales que debería haber sabido leer y que dejé pasar por alto. Soy consciente de que no habría podido hacer mucho para detenerles, pero lo que más me molesta es que no hice absolutamente nada. Hoy tal vez ya es demasiado tarde. Mi contrato está firmado y la ceremonia ha sido pactada. Se celebrará como parte de mi ritual de madurez, cuando cumpla los dieciocho años, justo en cuanto haya alcanzado el mínimo de edad que establece la ley. Esa ley injusta y primitiva que parece sacada de un mundo prehistórico.

CONÓNDROMO

No. No hay lágrimas cayéndome por las mejillas, y sin embargo siento el llanto detrás de mis ojos. Si no fuera por mi procesador personal, seguramente ya me habría roto. ¡Ojalá fuera así!, me digo. Ojalá pudiera llorar por todo lo que no he llorado antes, olvidarme de mi gran fiesta de las apariencias. ¡Y gritar! Gritarles a todos por lo que me están haciendo. Pero no. Mis padres me conocen bien. De la misma manera que sabían que me negaría a aceptar mi Beyond, también sabían que mi pánico a las escenas en público evitaría cualquier numerito de los que ellos llaman “de mal gusto”. Ellos mismos se encargaron de inculcármelo de pequeña. “El decoro por encima de todo”, ha dicho siempre mi madre.

Cuando por fin se van todos, en el salón solo quedamos mis padres, Mérida, mi hermana y yo. Es el momento ideal para decirles a la cara todo lo que siento, pero sé que las palabras saldrán de mi boca desordenadamente, que mi ira y mi rabia no podrán ser readaptadas correctamente por el procesador de pensamientos para decirles todo lo que quiero.

—¡Gracias! —Eso es lo único que les digo. Un susurro solamente. Un murmullo. Cargado con el máximo sarcasmo del que soy capaz. Y luego, antes de despedirme de ellos, lo pronuncio de nuevo, despacio y dejando un trazo de rabia en cada una de las sílabas—: ¡Mu-chas gra-cias!

Mi hermana sale corriendo tras de mí y me agarra de la muñeca. Quiere justificarme todo aquello. Me explica a trompicones lo que esto significa para mis padres. Me pide que tenga en cuenta todas las vueltas que ellos le han dado antes de tomar la decisión. Pero no quiero escucharla. No tengo por qué escucharla. Me desprendo de su mano con un brusco movimiento del brazo y me alejo de ella. Solo me faltaba esto. ¡Recibir lecciones de mi hermana pequeña! Especialmente después de todo lo que ha ocurrido entre nosotras en estos últimos meses.

CONCEPCIÓN

—¿Es por Sinja? —me pregunta desde la distancia, ya varios metros por detrás de mí. —¿Tiene algo que ver con él?

Me detengo de inmediato. No puedo creer que se haya atrevido a pronunciar su nombre.

—¿Cómo? —digo mientras me giro para encararme con ella.

—Pensaba que por fin habíamos dejado eso atrás —continúa Sydney—. Sobre todo, después de que te cambiaran el procesador.

—¡Anda! ¡Déjame en paz! —le grito con furia. Y dicho esto, salgo a toda prisa de la casa de invitados donde estábamos celebrando la fiesta y cruzo el patio en dirección a la casa principal. A mi paso por el jardín, el viejo columpio que hay instalado en un rincón cruje al ser mecido por el viento. Él, con su quejido, parece ser el único que quiere solidarizarse conmigo. Lo dejo atrás y subo los escalones del porche. Ya dentro, enfilo las escaleras que llevan hasta mi cuarto.

Mérida debe de haber salido tras de mí tan pronto como yo me he ido, porque, inmediatamente después de que me haya encerrado en mi habitación, ella se ha presentado allí, llamando con los nudillos sobre la puerta.

—¿Estás bien, Ray? —me pregunta con discreción, tratando de conferir a su voz un tono suave y conciliador—. ¿Me dejas pasar?

Tumbada sobre mi cama, suelto un fuerte suspiro. Como si con él pudiera expulsar toda la rabia que llevo atrapada dentro. El aire sale rápido y vuelve a entrar despacio. Mis pulmones se relajan. Me giro hacia la puerta y le contesto con otra pregunta.

—¿Qué quieres? —le pido desafiante—. ¿Te mandan ellos?

La puerta se abre lentamente y Mérida asoma la cabeza. Después entra en la habitación con algo entre las manos.

—¿Es que aún quieren más? —la increpo con rabia—. ¿Ni siquiera me darán tiempo para digerirlo?

Se acerca hasta donde yo estoy y se sienta junto a mis pies, sobre la cama.

CONÓNDROMO

—Te he traído esto —dice con suavidad, haciendo que cada una de sus palabras suene como una ofrenda de paz.

A pesar de mi reticencia, me incorporo hacia delante para ver de qué se trata.

—Quizá no quieras abrirlo hoy —me anuncia, todavía con ese tono dulce y cálido en la voz—, pero debes tenerlo tú.

La miro con desconfianza. Ahora mismo mis ojos podrían atravesarle el cráneo.

—¿Es esto lo que creo que es? —le pregunto con un nudo en la garganta.

—Sí —reconoce en un susurro—, es tu chip de Beyond. Sé que no quieres hablar de esto —continúa—, pero tus padres me han pedido que te lo entregue. Forma parte de... ya sabes... del ritual.

Entonces deja el paquete a un lado y me acaricia la pierna con la mano libre. En un lateral de la caja puedo ver el logotipo de Beyond y el nombre del modelo del chip, dentro del cual piensan insertar mi consciencia.

—Como te digo —prosigue Mérida en un murmullo—, esto no hace falta que lo abras hoy. Al menos, no ahora. Si he venido es para darte esto otro.

Alarga la mano y me entrega un segundo paquete. Este está delicadamente envuelto en un papel vintage con un estampado de finales del siglo XX. Quizá incluso anterior a eso. Levanto la vista y la miro a los ojos esperando encontrar en ellos una respuesta.

—Este es mi regalo. Ábrelo.

Desenvuelvo el paquete con cuidado, intentando dañar lo menos posible el precioso envoltorio. Dejo el papel a un lado y sostengo con ambas manos lo que contiene. Es un libro de estilo antiguo y bellamente encuadernado.

—Pensé que te gustaría —dice Mérida—. Sobre todo después de tus últimas actualizaciones. Eran de caligrafía clásica, ¿verdad?

Asiento a su pregunta en silencio mientras paso varias páginas del libro. Primero todas a la vez, luego una a una, toman-

CONCEPCIÓN

do poco a poco conciencia de qué es lo que estoy viendo. Aquello no es un libro, me digo. Aquello es una auténtica rareza. Un diario personal con todas las páginas en blanco.

Mérida sabe que me encantan las antigüedades y que hace poco me apunté a un curso de caligrafía antigua, así que un libro como este es, posiblemente, el regalo personal más apropiado que nadie pudiera hacerme.

En el centro del cuaderno, allí donde está el cordón separador, hay un sobre. Lo cojo, lo abro delicadamente y extraigo con cuidado el papel que contiene. Es una nota escrita a mano. "Con todo el cariño, Mérida".

—¿Y bien? —me pregunta ella—. ¿Qué te parece?

Hago que sí con la cabeza mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas. El procesador ha estimado que, en este caso, no merecía la pena contenerlas.

—Gracias —digo con un hilo de voz—. Jamás hubiera esperado algo así. Me encanta.

—Me alegro —responde ella sonriendo—. Espero que te ayude.

Se levanta, recoge el otro paquete, el que contiene el chip para mi renacimiento, y lo deja sobre el escritorio. Después se gira de nuevo hacia mí.

—¿Sabes?, antes de que se inventaran los procesadores, los diarios eran la mejor terapia que existía.

—¡Eso he oído! —le respondo yo, intentando esbozar una sonrisa.

Mérida asiente compasivamente y me acaricia la pierna una última vez para intentar reconfortarme.

—¡Buenas noches! —dice finalmente. Luego se levanta y camina hasta el umbral de la puerta, donde se detiene un momento—: Recuerda que me tienes aquí para lo que sea, ¿vale? Para lo que sea.

—Lo recordaré —le contesto—. Buenas noches.

Al quedarme sola, puedo sentir el silencio gritándome al oído. ¿Qué vas a hacer?, me pregunta. ¿Vas a llorar? ¡Sí! ¡Llora!

CONÓNDROMO

¡Llora todo lo que quieras!, me escupe a la cara. La ira se convierte ahora en un desasosiego frío y descarnado. Y a través de esa inquietud asoman a mi alma unos tímidos sollozos. No es nada. El procesador los barre por completo en cuestión de segundos. Y no obstante, elimina el lloro pero no la rabia. No por completo. Parte de ella persiste soterrada bajo mi piel, como el rastro alargado de la única lágrima que ha resbalado por mi mejilla. Estoy harta de luchar contra cosas que escapan de mi control, y me enfurece pensar que ni siquiera puedo hacer algo tan simple como llorar.

Embargada por este pensamiento, de pronto me siento extraordinariamente cansada. Deseo quedarme dormida y dejar de pensar, pero mi cabeza está saturada. Tengo demasiadas cosas metidas en ella como para acostarme ya. Primero mi procesador tiene que ponerlo todo en orden, darle algún sentido a todo lo que está ocurriendo. El sueño todavía tendrá que esperar.

Me levanto de la cama y me acerco hasta el mismo escritorio sobre el que Mérida ha dejado la caja con el chip. En uno de los cajones guardo una pluma que compré cuando nos mudamos a Wadhurst. Abro el cajón correspondiente, extraigo la pluma y vuelvo a cerrarlo. Entonces, al erguirme, mis ojos se posan de nuevo sobre la maldita caja de Beyond. Su mera visión me molesta. Tiro del cajón otra vez y la encierro dentro. ¡Ya he tenido bastante Beyond por hoy!, suspiro para mí misma.

Me tumbo sobre la cama y coloco una almohada en la cabecera. Luego apoyo la parte superior de la espalda contra la pared, manteniendo las piernas semidobladas para poder reclinar el diario sobre las rodillas. Lo tengo todo listo para centrarme en el cuaderno, y sin embargo me detengo antes de que la pluma toque el papel. ¡No!, me digo. Si quiero hacer esto tengo que hacerlo bien. Dejo el cuaderno a un lado y me miro la palma de la mano izquierda por un momento.

Estoy harta de que sean otros quienes impongan las reglas. Por una vez, quiero ser yo la que decida. Así que no voy a registrar nada de esto para ellos. No voy a darles esa satisfac-

CONCEPCIÓN

ción. Este momento será solo mío. ¡Únicamente mío! Aprieto la base de mi dedo meñique y, casi al instante, un teclado numérico aparece en el centro de mi palma. La combinación adecuada me permite activar y desactivar el procesador. Antes ya lo había hecho en alguna otra ocasión: cuando había visitado al médico o había tenido que reiniciar el sistema por petición de alguna actualización, un reset, pero jamás lo había hecho por una razón tan personal e íntima como esta. ¡Bueno!, me recuerdo a mí misma: tampoco antes lo había necesitado tanto como lo necesito ahora. Marco lentamente los seis dígitos que deben apagar mi procesador de pensamientos y un ligero pitido anuncia que el proceso de apagado se ha puesto en marcha. En unos segundos la luz azul se desvanecerá de mi mano. Y así, de una forma tan sencilla, ya me sentiré un poco más libre. Lo suficientemente libre como para empezar a escribir.

A partir de aquí todo es borroso. Recuerdo una noche agitada, llena de convulsiones y de vómitos. Poco más. Pero, *¿y si es así, en mi dolor, donde se encuentra irónicamente mi respuesta? ¿Podría frustrar de alguna manera mi renacimiento en Beyond si permaneciera desconectada?* Sea como sea, sí tengo clara una cosa: si voy a desconectarme de nuevo, tendré que buscar una vía alternativa. Algo que me dé ciertas garantías de que no voy a perder la cordura. Al menos, no más de lo que ya la he perdido.

Consciente de que existen muchos estudios sobre el tema, invierto algunos de mis nuevos créditos en la holobiblioteca de *The Youtopy*. Un pensamiento y estoy dentro. El lector de la endorretina proyecta frente a mis ojos una pantalla con imágenes parpadeantes. Tras este breve parpadeo, la pantalla se estabiliza y me muestra todas las actualizaciones que tengo pendientes. La mayoría de ellas son actualizaciones que recibí ayer como regalo de cumpleaños. Treinta y nueve

holopelículas, setenta y seis videojuegos, ochenta y siete álbumes y ciento veintisiete libros nuevos aún por leer en mi lista de seguimiento. Cientos de actualizaciones pensadas para hacerme más culta, más rápida, más inteligente, ¡mejor! Con las modificaciones que el médico introdujo en mi procesador, la velocidad de lectura se ha incrementado bastante y puedo terminarlos todos en tan solo siete minutos y doce segundos. Sin embargo, reviso y releo algunos de los títulos varias veces para añadir algunos fragmentos a mis favoritos. En su mayoría, los libros son novelas clásicas de finales del XXI, pero también hay algún manual técnico y, cómo no, varias tesis revisadas sobre nuevas tecnologías.

Algunas de las citas que he subrayado son bastante interesantes, así que decido encadenarlas a mi línea de pensamientos para que mi subconsciente vaya trabajando en ellas. Creo que se complementan perfectamente con varios artículos que añadí a mi memoria hace un par de semanas, y estoy convencida de que me serán de gran ayuda en algunas de las decisiones que tendré que tomar en los próximos días.

Me levanto de la cama y la habitación responde descorriendo las cortinas. La luz del sol de la mañana penetra la ventana, iluminando la estancia y mi estado de ánimo. *Sigo con vida*, pienso. Al fin y al cabo, *Beyond* aún puede esperar un poco más.

Las distintas actualizaciones cumplen con su propósito: me ayudan a relajar la mente y a refrescar los pensamientos. Ahora tengo que hacer lo mismo con mi cuerpo. *Necesito una ducha*.

Los chorros de agua caliente me masajean la cabeza y la espalda, y una sensación de alivio, reparadora y reconfortante, me recorre todo el cuerpo mientras mi mente sigue buscando en *The Youtopy* la mejor manera de realizar una desconexión. Antes de terminar la ducha ya sé todo lo que se puede saber acerca de cómo afrontar un proceso de apagado. En líneas generales, se trata de descargar en local las funciones básicas del controlador que acompaña al MemoryMee. De esta manera,

CONCEPCIÓN

puedo devolver al cerebro las funciones primarias que este había reasignado al procesador tras su instalación. Siguiendo estas instrucciones, me descargo e instalo mentalmente el *plug-in* de última generación que debe ayudarme a apaciguar los efectos secundarios y me aseguro de que todo está en orden para encarar mis futuros intentos de desconexión. Además, decido rebajar al mínimo la inhibición de pensamientos negativos. Si me enfado con mis padres durante el tiempo que aún continúe conectada, quiero que ellos lo padezcan en su máxima expresión. No más cordialidades ni formalismos. *¡Ya no!*

En el mismo instante en que cojo la toalla para salir de la ducha recibo un nuevo aviso en mi bandeja de entrada. Es una nota mental de mi madre. Al parecer, ayer por la noche intentó hablar conmigo, pero no pudo hacerlo porque yo estaba ilocalizable. Ahora no estoy de humor para hablar con ella. No podría soportarlo. Borro el mensaje, me visto y bajo a desayunar.

—¡Buenos días! —me recibe Mérida, tan cálida y serena como siempre—. ¿Cómo has dormido? —continúa mientras acaba de imprimir su desayuno.

—Digamos que he tenido noches mejores —le contesto yo—, pero sobreviviré.

Para mi sorpresa, mi hermana también está allí. Me resulta extraño, porque Sydney suele pasarse todas las mañanas encerrada en su habitación, actualizándose o chateando con sus amigas. Normalmente no sale de su cuarto hasta pasado el mediodía, cuando llega la hora de comer. A veces incluso más tarde.

Ella, sin embargo, no me dice nada. Sentada a la mesa, da cuenta de su desayuno mientras yo empiezo a preparar el mío. Está ojeando un flexicatálogo sobre lo último en viajes iniciáticos. “*ULTIMATE WALKABOUT*”, puede leerse en la portada, “Un año que vale una vida”. Mosqueada, desvío la mirada y me apoyo contra la impresora, deseando que Sydney termine pronto.

—¿No piensas echarle un vistazo a esto? —me dice ella pasado un rato, alzando la mano con el folleto.

CONÓNDROMO

—No voy a necesitarlo —le respondo con sequedad.

Sydney eleva las cejas en señal de desaprobación y luego se desentiende de mi respuesta con un sonoro suspiro. En resumen, esa es la opinión que le merezco. Solo un segundo después, a través de la ventana, veo una lanzadora negra acercándose hasta la entrada de la casa.

—Acaba de llegar un taxi —anuncia Mérida mientras también sigue con la mirada el vehículo que se aproxima—. ¿Lo habéis pedido vosotras?

—Es para mí —contesta Sydney—. He quedado con las chicas en el centro de ocio.

—¿Te vas otra vez a Londres? —pregunta nuestra tutora, fingiendo una sorpresa que no siente.

Mi hermana se encoge de hombros y sonrío.

—Allí es donde está la acción —se defiende. Y luego, mirándome a mí, añade con ironía—: ¿Quién en su sano juicio querría quedarse aquí?

A los ojos de todos, resulta evidente que mi hermana se ha adaptado mucho mejor que yo a la vida en el Reino Unido. Tiene varias compañeras de actualización con las que suele quedar tres o cuatro veces por semana. Para ir de compras o para conectarse al centro de ocio. Yo, de momento, no he conocido a nadie.

Antes de que Sydney salga por la puerta, Mérida se levanta y le pregunta lo mismo que le pregunta siempre.

—Te llevarás a Lucy, ¿verdad?

Mi hermana suelta un suspiro. Una breve queja muere en sus labios. Sabe tan bien como yo que cualquier protesta por su parte será inútil. No podrá ir hasta Londres sin llevarse a nuestro robot familiar como guardaespaldas.

—¡Venga, Lucy! —dice resignada—. ¡Nos vamos!

Nuestra ginoide de compañía se activa al escuchar aquella orden. En su cara, de líneas redondeadas y de facciones amables, surge una sonrisa casi infantil. Su esbelta figura humanoide

CONCEPCIÓN

de, blanca y plateada, se mueve hacia mi hermana con un andar grácil y ligero. Después las dos caminan juntas hacia la puerta.

—Volveremos tarde, ¿vale? —avisa mi hermana antes de salir.

Mérida asiente con la cabeza.

—¡Hasta luego!

Sydney y Lucy desaparecen tras la puerta, y Mérida y yo nos quedamos a solas en la cocina.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta de nuevo.

—De momento me encuentro. Nada más —le respondo, inusualmente incómoda por su presencia—. Gracias otra vez por el regalo.

Ella sacude la mano para restarle importancia a mis palabras.

—Ya sabes —dice—, si necesitas hablar de algo, de lo que sea, solo tienes que pedírmelo, ¿vale?

Asiento con la cabeza y sigo a lo mío. Coloco un bol bajo la impresora y espero a que se llene. Una vez listo, cojo el recipiente que contiene mi desayuno de cereales con frambuesas y salgo de la cocina. Necesito estar sola. Ahora necesito pensar.

La casa en la que vivimos ha pertenecido a la familia desde hace generaciones. Fue construida en el siglo XIX, en el centro de un pequeño bosque privado que hay a tan solo unos kilómetros del pueblo de Wadhurst. Es una casa grande, hecha enteramente de piedra y de un color gris ceniza. Tiene un bonito tejado clásico de pizarras negras y unas delicadas ventanas de madera, con buhardilla incluida, de color blanco. Además del cuerpo principal, también dispone de un considerable cúmulo de cámaras, que se han ido añadiendo a lo largo de los años. La mayoría de estas extensiones se hicieron respetando el estilo original, pero en el sótano se optó por un aspecto más moderno y minimalista. De todas las partes de la

casa, esta es mi zona favorita. No porque sea más moderna y más pulcra, sino porque en el sótano es donde están la biblioteca y la *sala de reminiscencias*, a la que nosotros llamamos *recordatorium*. Esta es la habitación en la que guardamos el archivo familiar, donde conservamos miles de contenedores con los datos y objetos personales de decenas de antepasados. Ahora, arrastrada por los acontecimientos, mi mente guía mis pasos hasta aquí en busca de refugio. Necesito desesperadamente un lugar en el que desahogarme, en el que olvidarme de mi rabia, y este es el espacio perfecto para eso. Poco a poco desciendo los escalones de la cripta hasta que llego a un pasillo largo y estrecho. A medida que voy avanzando, las luces se van encendiendo de forma automática. Al fondo, al final del pasillo, una ventana artificial ilumina el corredor con una luz tamizada que bien pudiera haber inspirado a Turner. En ella, una nube blanca e inocente cruza un cielo azul impoluto, exactamente igual a cómo sucedería si estuviéramos al nivel del suelo y no a varios metros por debajo de él.

Sigo andando en esa dirección, de manera que ahora la biblioteca queda a mi izquierda. A través de un tabique de cristal veo cientos de volúmenes de papel que asoman ordenadamente de las estanterías que hay en la pared opuesta. A diferencia de lo que hicieron la mayoría de las familias cuando llegó la era de la virtualización, mi tatarabuela no se deshizo de su extraordinaria colección de libros. Si bien es cierto que ya no puede encontrarse ninguno en el resto de la casa, sí se aseguró de que todos fueran perfectamente almacenados y conservados en este rincón del sótano. El consuelo que busco ahora, sin embargo, no se encuentra aquí, sino en la gran habitación que hay frente a ella: en el *recordatorium*. En esta sala dedicada a las reminiscencias es donde ahora conservamos las muestras de ADN y los recuerdos embotellados de decenas de familiares. Algunos de ellos están muertos, otros (muchos) están en *Beyond*.

CONCEPCIÓN

En cuanto llego a la entrada de la estancia, la puerta se abre, dándome la bienvenida, y yo me dejo tragar embelesada por sus cantos de sirena. Se trata de un espacio austero, sin apenas decoración, con las paredes blancas, combinadas solo en algunas partes con un gris claro. En uno de los tabiques laterales, junto a la entrada, hay una elegante estantería empotrada también de color blanco. Mis antepasados descansan en esas mismas repisas, embutidos dentro de una multitud de elegantes frascos plateados, todos pulcramente alineados. Me detengo más tiempo del que querría frente a uno de los recipientes y pienso en las palabras de mi hermana. *¿Es por lo de Sinja?*, se atrevió a decir ella. Sacudo la cabeza y me fuerzo a mí misma a seguir adelante. *Ahora no quiero pensar en eso.* En el centro de la habitación, orientado hacia la pared del fondo, reposa un gran sofá negro de forma semicircular. Sentado en él, uno puede visualizar las proyecciones familiares que hemos almacenado a lo largo de varios siglos. Aquí, cualquier tipo de registro audiovisual de mis antepasados está disponible en cuestión de segundos. Millones de experiencias vividas han sido enlatadas, ordenadas y editadas por profesionales para preservar su memoria para siempre. ¡Ja!, me río con ironía, como si quedara mucha familia con la que compartir estos momentos.

En la pared opuesta a la entrada hay una segunda puerta que conduce al almacén. Esto forma parte de la ampliación subterránea, y no de la estructura original. Sin embargo, a mi parecer, allí está lo que de verdad importa: *el corazón de la casa*. Centenares de objetos y miles de fotos físicas de las generaciones que nos precedieron. Sus impresiones y sus pertenencias más íntimas. El resultado es fascinante. Un universo personal de experiencias familiares y un auténtico museo del pasado. Nunca deja de sorprenderme que las reliquias aquí reunidas consiguieran sobrevivir a esta abominable y aberrante renovación del mundo que nos ha tocado lidiar.

Para mí, todas estas cosas, tan inertes como inertes están las personas a las que pertenecieron, son también las que

más vida tienen. Poder tocar las fotos que tocaron mis tatarabuelos, poder ver las gafas con las que ellos vieron... No hay nada más fascinante que eso. Nada tan valioso como eso. Sí: hoy en día son objetos inútiles. Desfasados. Obsoletos. Han caído en desuso y en el olvido. Y sin embargo, es algo extraordinariamente importante para mí. Algo por lo que siempre estaré agradecida. Al azar, cojo uno de los muchos álbumes que conservamos y, todavía con el bol del desayuno en la mano, me siento en el suelo para perderme entre su contenido. Las fotos me son familiares. Sin duda las he visto antes, en una de mis muchas visitas al almacén. Allí, rodeada de recuerdos y de muertos, siento de nuevo ganas de llorar por la vida que están a punto de arrebatarme. *¿Es posible llenarse de vacío?*

Termino de desayunar y paso el resto de la mañana revisando archivos. Entre los montones que revuelvo encuentro una foto de la casa de Wadhurst que no había visto hasta entonces. Es una fotografía del comedor. La escena muestra a dos personas sentadas en un sofá. Un hombre y una mujer. Por detrás de los dos, a un lado, hay un reloj de pared de aspecto decimonónico. A pesar de que su base queda algo oculta bajo los pies de la pareja, el reloj puede verse casi por completo. Giro la fotografía y leo: "Visita de la tía Brenda y del tío John. 1963". Me guardo la foto en el bolsillo y sigo ojeando en los archivos hasta que al final ocurre lo inevitable: un nuevo mensaje en mi bandeja de entrada vuelve a avisarme de que mis padres quieren hablar conmigo. No le hago caso y continuo con lo mío. Sin embargo, pasados unos minutos es Mérida en persona quien viene a por mí.

—¿Ray? —la escucho llamar desde el pasillo—. ¿Estás ahí? Tus padres quieren hablar contigo.

Al parecer, como no podían localizarme en *The Youtopy*, han recurrido a ella para ver qué pasaba.

—¡No tardes! —me reclama—. Ya sabes cómo es tu madre.

Un momento después, oigo sus pasos alejándose escaleras arriba. Guardo las fotos dentro de los cajones y aprieto el

CONCEPCIÓN

botón de sellado hermético que asegura su óptima conservación. Sigo sin tener ganas de hablar con mis padres, pero me siento algo más segura de mí misma, de pronto animada por esta nueva dosis de retrorrealidad. Subo hasta la planta principal y me acomodo en el sofá del comedor. Inspiro profundamente e intento reunir las fuerzas necesarias para activar el holocomunicador. En unos segundos, la imagen virtual de mi madre se *materializa* junto a la mesa que hay en el otro extremo del salón. Antes de que ninguna de las dos diga nada, su fantasma se acerca andando hasta mí sin hacer el menor ruido, con el sigilo del que solo un holo es capaz. Cuando llega a mi altura, se sienta cómodamente en el sofá que hay frente al que yo ocupo, simulando sentir un cuerpo que ya no tiene. Se está preparando para la batalla que estamos a punto de iniciar. Y como siempre, empieza ella. Siempre comienza y termina ella.

Mi madre quiere saber cómo me encuentro, si ya he considerado todas las opciones, si me he decidido por un *walkabout* en concreto. A pesar de sus inquisiciones, debo admitir que su actitud tiene un aire conciliador y que su tono de voz parece demostrar un genuino interés por mí. Sin embargo, eso no es bastante. Algo en mi interior me impide ser indulgente con ella. A medida que me va preguntando, mi ánimo se va caldeando. Y respondo. Contenida primero e irrefrenable después. No es una explosión. Definitivamente no es el estallido que yo me había temido. A pesar de haber rebajado la aplicación inhibitoria de mi procesador a un nivel tan bajo, aún debe de estar ejerciendo algún tipo de control mental sobre mí. Pero a pesar de que no hay gritos ni insultos, sí hay reproches. Todos y cuantos puedo lanzarle. Y no solo sobre esto. El orgullo y la rabia tienen la extraña habilidad de desenterrar asuntos aparentemente olvidados. Sentimientos y emociones latentes. Son pequeños trazos pertenecientes al pasado que el tiempo y el silencio convierten ahora en líneas gruesas. Como pinceladas, con las que la desesperación dibuja armas punzantes y dolorosas. Armas no diseñadas para matar, pero sí para causar dolor. Porque sí, debo

admitirlo, en este momento, mi propósito es ese. A mi madre no quiero convencerla. No quiero razonar ni pactar con ella. Ni siquiera explicarle cómo me siento. A mi madre quiero causarle dolor. El máximo dolor que pueda.

Soy consciente de lo estúpido que resulta una actitud como esta. Una pataleta infantil en el cuerpo de una adolescente. Y sí, ya sé que a estas alturas tanto ella como mi padre deben de haberse imaginado por lo que estoy pasando. Pero también dudo de que nada de lo que diga ahora vaya a hacerles cambiar de opinión. Por eso, en estos momentos, lo que deseo realmente es hacerles sentir culpables. Quiero que los dos paguen por lo que me están haciendo. Por todo lo que me han hecho antes. No puedo evitarlo. Me gustaría que la furia saliese de mí desatada, incapaz de ser correctamente administrada por el procesador. Desde lo de Sinja, es lo único que he deseado. *Deberían saberlo*. No obstante, esto es lo único que no le digo. Sinja es el único reproche que me guardo. Y no lo hago por consideración hacia mi madre, sino por mí. Hay cosas tan terribles que ni siquiera yo quiero recordarme a mí misma. Cosas que no me atrevería a admitir.

El resto no es tan relevante. En realidad, ni siquiera creo muchas de las cosas que le digo. Pero a pesar de todo, debo admitir que en cuanto las palabras empiezan a brotar de mis labios con el propósito de herirla, disfruto de ello. Si la entrada en *Beyond* va a ser para mí un hundimiento, un viaje de impotencia, angustia y desesperación, mis padres van a hundirse conmigo. Ellos van a ser mis compañeros de viaje.

Mi madre escucha lo que le digo sin exaltarse. Siempre ha guardado las apariencias y las formas como nadie. Se siente dolida y sorprendida por mi insolencia. La desaprueba, por supuesto, pero no responde a mis provocaciones. No entra en el combate cuerpo a cuerpo. Quiere seguir manteniendo la pelea como una discusión civilizada, a pesar de que ya no lo sea.

—Por mucho que te duela, algún día sabrás que tengo razón —me dice—. Y entonces me lo agradecerás.

CONCEPCIÓN

Guarda unos segundos de silencio, con los que pretende conferir mayor dramatismo a sus palabras. Luego, con un final tan mísero como escueto, concluye:

—Ya hablaremos.

La holoconexión se corta de pronto y el cuerpo holográfico de mi madre desaparece del comedor. Nuevamente, vuelvo a sentir esa impotencia que sentí ayer cuando me ofrecieron el regalo. La rabia y la ansiedad se entremezclan en mi cabeza y en mi pecho, alimentadas por la adrenalina del enfrentamiento.

Subo a mi cuarto y me encierro en él con la intención de no ver a nadie durante toda la tarde. Me tumbo sobre la cama y miro el diario. No obstante, ahora no me siento con fuerzas para escribir. Lo dejo y me giro hacia el otro lado. Entonces, al apoyar de nuevo el cuerpo sobre el colchón, noto la fotografía que llevo en el bolsillo del pantalón. La saco y la miro otra vez. Ahí está de nuevo ese reloj de pared, con sus elegantes agujas marcando con precisión el paso de las horas. *¡Tiempo! Necesito matar el tiempo.* Quiero ocupar mi mente con algo que me distraiga, y mis modelados holográficos son la mejor opción para ocasiones como esta. *¡Está decidido!* Voy a intentar replicar el reloj en todo su esplendor. Activo el campo que recubre las paredes de mi habitación y el cuarto cambia de repente ante mis ojos. Decenas de esculturas virtuales se materializan inmediatamente a mi alrededor. Todas ellas han sido modeladas por mí después de nuestra llegada a Wadhurst.

Sobre la cabecera de la cama y en la pared de la entrada, aparecen varios pósteres *vintage*. La mayoría pertenecen a títulos de películas antiguas, proyecciones de los siglos XX y XXI. Han sido rediseñados y restaurados hasta el último color. Un poco más allá, en la pared opuesta a donde está la cama, se despliega una estantería repleta de objetos holográficos. En la colección tengo todo tipo de artilugios, desde obsoletos transistores de radio a antiguos catalejos, ingenuos robots de hojalata o viejas máquinas de escribir. *Sí: soy una freak de las causas perdidas y de los artefactos inútiles,* reflexiono con ironía.

Me gusta modelar objetos raros y difíciles de encontrar porque creo en el poder que tienen. Hoy ya nadie cree en el poder de los objetos. Actualmente todo lo material está desvalorizado. La inmensa mayoría de la gente vive cegada por el pulcro y aséptico mundo virtual, enamorados de su artificial sentido de la perfección, de su desfigurado concepto de espiritualidad. Yo, sin embargo, sigo creyendo en ellos. Para mí, los objetos son una parte importante de nuestra humanidad. De nuestra cultura. Por siglos hemos dependido de ellos. No solo por su funcionalidad, sino también por lo que significaban para nosotros. A veces te aferrabas a un objeto porque te recordaba a algo o a alguien. Entonces lo atesorabas y lo guardabas celosamente. Estabas dispuesto a todo para protegerlo porque, de alguna manera, al protegerlo creías estar preservando también el recuerdo en sí. Por eso los objetos han sido tan importantes a lo largo de nuestra historia, por eso mismo aún deberían seguir siendo importantes, porque están impregnados de la propia vida que nosotros les hemos insuflado. Del valor que nosotros les hemos dado. Nos recuerdan de dónde venimos.

Los modelos que hay a mi alrededor son solo réplicas, evidentemente, pero las aprecio. Representan mi pequeño homenaje a lo que esos objetos habían sido tiempo atrás. Por eso he puesto lo mejor de mí misma en diseñarlos y texturizarlos. Es una de mis grandes pasiones junto con *la fotografía*. En la pared que tengo al otro lado de la cama, hay justamente un panel magnético lleno de fotos reales, tomadas con una Polaroid que me regalaron al cumplir los trece años. Es toda una reliquia, y posiblemente mi máquina fetiche preferida. Una cámara de color negro de edición limitada. Desde que la tengo, es mi prioridad número uno, y siempre que visito una tienda de antigüedades intento conseguir nuevos carretes de fotografía para ella. Lamentablemente, estos paquetes son cada vez más difíciles de encontrar.

CONCEPCIÓN

Pongo en marcha un viejo gramófono, y una olvidada canción de First Aid Kid empieza a sonar en la habitación. Es *Walk unafraid*. Me acerco a la cama y me instalo cómodamente sobre las sábanas, con las piernas dobladas en cruz. Luego enciendo el panel del holomodelador. En un instante, la paleta de herramientas se proyecta ingrávida a mi alrededor. Coloco a mi lado la foto del reloj original y empiezo a trabajar. El resto de la tarde lo paso así, encerrada en la habitación y en mí misma, intentando reproducir aquel objeto con el máximo detalle. Siento que al diseñar todas estas reliquias estoy rindiendo tributo a la historia misma de esta casa. Y eso, de alguna manera, me reconforta.

Después de cenar, cuando ya doy por terminado mi holomodelo, por fin me siento capaz de volver a las páginas del cuaderno. Me fuerzo a mí misma a poner por escrito todo lo que he vivido durante el día. *Es duro*. En cierto modo, resulta antinatural decir según qué cosas sobre tus propios padres. Siento vergüenza al escribirlo y siento también vergüenza al releerlo. Y sin embargo, eso hace que ahora me encuentre algo mejor. Más liberada, tal vez. Triste pero liberada.

¿Cómo se sentirán ellos?, me pregunto. ¿Son los hologramas capaces de llorar? ¿Llorarían por mí como yo lloré por ellos cuando sentí su ausencia? ¿Cómo expresas la pena en *Beyond*? Sí, ya sé lo que dicen los manuales. Que nuestra consciencia y nuestros valores actúan exactamente de la misma manera a como lo hacemos nosotros aquí, en *Elahora*. Y no obstante, por mucho que digan, no he visto ninguna lágrima rodar por sus mejillas.

En un libro que me actualicé hace poco, una de las protagonistas decía que la mejor manera de no gastar las cosas era no usarlas. La primera cosa en la que pensé cuando lo leí fue en la relación con mis padres. Triste, ¿verdad? Ahora, por fin, creo entenderlo. Creo que con ellos no tuve problemas reales hasta ahora porque con ellos nunca tuve una relación real. Solo vacío. Hasta que eso cambió de repente. De la nada al *big bang*. Definitivamente, no puede gastarse algo que no se usa.

CONÓNDROMO

Antes de acostarme echo otro vistazo a mi habitación. Orgullosa, admiro mi colección de objetos y fotografías. Esto es lo que amo en Elahora. Y sin embargo, sé que mi destino ya no está aquí. En estos momentos, mi destino está encerrado en una caja escondida dentro de un cajón, en un chip de silicio y grafeno grabado con la palabra *Beyond*.

Se ha hecho tarde y estoy cansada. Desde el piso de abajo me llega el ruido de la puerta y unas voces. Son Sydney y Lucy, que vuelven a casa después de su pequeña visita a Londres. Paso el pulgar de mi mano derecha por la palma de mi mano izquierda y luego acaricio la base de su dedo meñique. Por un segundo considero la posibilidad de desconectarme de nuevo. Intentar dormir otra vez sin el procesador. Sin embargo aprieto los labios y dejo que mis dedos se deslicen por la piel de mi muñeca hasta llegar a las sábanas. Hoy ya no me queda más fuerza para luchar. Quizá mañana. Entonces apago la luz.

Si te ha gustado, te agradeceríamos que le dieras “Me gusta” en nuestra página de Facebook y lo compartieras.

<http://facebook.com/adalizediciones>

Recuerda, así mismo, que puedes comprar el libro en papel y te lo enviamos al domicilio que nos indiques. Envío gratuito para toda la península.

<http://adaliz-ediciones.com/home/30-conondromo.html>

¡Gracias!

